



¡Secuestrada en mi propio automóvil!

Cuando Beverly salió de su automóvil hacia las 11:30 de la noche, alguien la empujó para que volviera a entrar. Una vez dentro, la empujó de nuevo, esta vez desde el asiento del conductor hasta el del copiloto. Al mismo tiempo que esto sucedía, alguien subía al asiento trasero y ponía una pistola en el cuello de Beverly.

—Ahora vamos a dar un paseo —dijo el hombre del asiento del conductor.

Esto sucedió en la isla caribeña de Trinidad, por donde los tres comenzaron a circular en silencio. Hasta que Beverly habló.

—¿Me van a matar? —preguntó.

—Si no nos ves la cara, no te mataremos —le respondió el conductor.

Beverly había visto que el conductor llevaba una capucha. No se volvió a mirarlo.

—¿Sabes cuánto tiempo llevamos siguiéndote? —le preguntó el hombre.

Beverly no contestó. Habían pasado dos horas y media desde que había salido de la Universidad del Sur del Caribe, la institución adventista donde trabajaba y cursaba una maestría en Psicología. Había llevado a casa a una amiga de la universidad, y ambas se habían detenido a comer por el camino. Tras dejar a su amiga, ella había conducido hasta su propia casa.

—¿Quién era la chica que dejaste? —le preguntó el conductor.

—Una compañera de clase —respondió Beverly.

—Llevamos mucho tiempo siguiéndote —dijo el conductor.

El hombre del asiento trasero tiró de la mano de Beverly hacia atrás del asiento para arrancarle la alianza.

—¡Déjala! —le ordenó el conductor.

El hombre soltó la mano de Beverly.

El conductor le preguntó entonces a Beverly si había oído hablar de una reciente serie de asesinatos que se habían producido en la isla. Le explicó que alguien había matado a un amigo de ellos, y que pensaban utilizar el automóvil de Beverly para vengarse.

—¿Me dejas salir del auto? —preguntó Beverly.

—No. Tú vendrás con nosotros —respondió él.

Pero un momento después, pareció cambiar de opinión.

—¿Tienes a alguien a quien podamos llamar? —le preguntó.

—A mi esposo.

—Llámalo a ver si contesta.

De algún modo, el hombre del asiento trasero se había hecho con el bolso de Beverly. Lo abrió, sacó el celular de Beverly y se lo entregó.

Beverly llamó a su esposo, pero no respondió.

El hombre del asiento trasero le arrebató el móvil y expresó sus dudas de que hubiera llamado a su esposo.

—Ni siquiera tiene el número guardado en sus contactos —dijo.

El viaje nocturno continuó.

—Tengo miedo —dijo Beverly—. ¿Puedo poner un CD?

Sin embargo, cuando pulsó el botón de reproducción, no había ningún CD en el reproductor. No entendía por qué, pues aquella mañana había escuchado uno de música cristiana camino a la universidad. Había cantado la canción “Jesús, toma el volante”.

Beverly se preguntaba si el disco se habría caído al suelo. Palpó con una mano y lo encontró.

—Está aquí, en el suelo —dijo—. Deja que lo ponga.

Empezó a sonar una canción. No era el disco que Beverly quería. No sabía de dónde había salido aquel disco. Alguien cantaba “Jehová, confío en ti”.

El hombre de atrás gruñó de nuevo. El conductor, por su parte, estaba muy serio.

—Vamos a cambiar tu matrícula y mañana la policía encontrará tu automóvil —dijo.

Quería que Beverly se fuera. Pero Beverly no quería que la dejaran sin dinero en la oscuridad de la noche.

—No tengo dinero —dijo ella—. ¿Cómo volveré a casa?

El conductor le dijo a su compañero que le diera dinero.

—¿Cuánto? ¿Veinte dólares? —quiso saber el compañero.

—Tengo mil dólares en mi bolso—dijo Beverly.

Aquel día había sacado sus ahorros del banco y se los iba a llevar a casa para hacer una compra importante. Estaba segura de que el hombre del asiento trasero había encontrado el dinero, y quería que el conductor lo supiera.

—Dale cien dólares —dijo el conductor.

Beverly recibió el dinero. El automóvil se detuvo y le ordenaron que bajara. Entonces, cruzó la carretera y llamó a un taxi, que la llevó a casa. Hasta el día de hoy, Beverly no sabe por qué Dios permitió aquella terrible experiencia, pero al recordar lo ocurrido, pareciera que Dios intentaba llamar su atención, diciéndole: “Confíame tu vida”.

Para empezar, la mañana anterior al suceso, ella había cantado “Jesús, toma el volante”, pero luego había pasado el día como muchos otros días, intentando controlar todos los detalles de su vida sin la ayuda de Dios. También, era la tercera vez que perdía un automóvil. La primera vez, se lo habían robado delante de su casa; la segunda vez, lo habían destrozado en un accidente.

Parecía más que una coincidencia que, volviendo a casa en taxi después del robo del automóvil, hubiera sonado en los parlantes una canción que decía: “¿Cuántas veces tengo que hacerte pasar por lo mismo para demostrarte cuánto te amo?”.

La policía nunca encontró el automóvil de Beverly, pero ella no se queja. Dice que el secuestro fue un punto de inflexión en su vida.

Ahora, ha decidido confiar en Dios en todos los aspectos de su vida. Ella explica: “Muchas personas a las que les roban el automóvil mueren. No sé por qué yo estoy viva. Como cristianos, debemos confiar en Dios en todas las circunstancias”.

Esta historia misionera nos da una idea de cómo es la vida en Trinidad y en la Universidad del Sur del Caribe, la cual recibió parte de una ofrenda de decimotercer sábado en 2018 para la construcción de una iglesia universitaria. La universidad, donde Beverly trabaja actualmente, también recibió parte de una ofrenda de decimotercer sábado en 2021 para abrir un centro de influencia para capacitar a misioneros. Gracias por sus ofrendas del decimotercer sábado, que ayudan a la gente a confiar en Dios, no solo en Trinidad, sino en todo el mundo.